

Films de Amor

A vintage movie poster for the film 'Un reportaje Sensacional'. The poster features a black and white photograph of George Brancroft and Kay Francis in a romantic pose. Brancroft is on the left, looking up at Francis, who is on the right, looking down at him. They are both dressed in formal attire. The title 'Un reportaje Sensacional' is written in a large, stylized, orange-outlined font across the middle. Below the title, the names 'George Brancroft' and 'Kay Francis' are written in a smaller, elegant font. In the bottom left corner, there is a circular logo with the text '50 cts.' inside. The entire poster is set against a dark background.

Un reportaje Sensacional

George Brancroft
Kay Francis

50 cts.

CROMWELL. John

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbrá, 16

B A R C E L O N A

Scandal Sheet, 1934

Un reportaje sensacional

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por

George Brancroft

Novelada por M. NIETO GALAN

**EXCLUSIVA
DE LA INVICTA**



**P.º GRACIA, 91
BARCELONA**

REPARTO

Mark Tint

Edith

Noel Adams

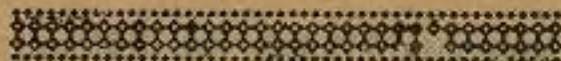
George Brancroft

Kay Francis

Clive Brook

Argumento de dicha película





En la redacción de "El Boletín"

Son las siete de la tarde, esa hora crítica, tan cantada por los poetas, la hora mística del día, que parece encerrar en su misterio gris la dulzura de un poético romanticismo. Sin embargo, en esta misma hora, en la redacción del diario "El Boletín" todo era prosaico y de una realidad completamente humana. La agitación en todas las sesiones se caracterizaba por la actividad que los empleados ponían en el desempeño de su cometido. Nadie allí estaba ocioso y cada uno se dedicaba con afán a entregar el original necesario para ir llenando las galeradas que habían de formar el diario de aquella tarde. Las llamadas por teléfono se sucedían sin interrupción, comunicando los reporteros las noticias más recientes y las de mayor interés que iban recogiendo. Abajo, en el lugar des-

tinado a las cajas y las linotipias también se observaba esa misma actividad. Nadie allí olvidaba el motivo de su estancia en aquel lugar, mientras que en otros departamentos, las grandes rotativas iban imprimiendo los primeros números cuyas pruebas habían de ser entregadas al director, antes de ver la luz pública.

El jefe de talleres, tan pronto como la primera forma estuvo compuesta, mandó sacar una prueba de ella y llamó a un aprendiz, diciéndole:

—Toma, muchacho; lleva esto al señor Flint, y que la repase.

El chico tomó la prueba que le entregaba el jefe de talleres y subió al departamento de la redacción. Atravesando mesas y dependencias llegó hasta donde estaba el director y le entregó al prueba del número de aquel día, diciéndole:

—Para que dé usted su conformidad.

Mark Flint repasó el periódico y exclamó, indignado:

—¡Cómo voy a dar yo la conformidad de este churrol!

Hizo sonar un timbre y al poco rato se presentó su secretario, a quien le dijo, mostrándole el periódico:

—¡Esto no puede ser! ¡Ya he dicho muchas veces que las informaciones han de ser

Su sueldo de director de "El Boletín" le permitía vivir con bastante lujo, y en su casa, montada con cierta ostentación, Edith se veía rodeada de cuantas comodidades y caprichos podía desear una mujer de su temperamento. Sin embargo, su alma frívola, su coquetería y su innato refinamiento femenino la apartaban del verdadero camino del deber, alejándola del amor de su marido, para rentorlarse en alas del romanticismo a otros amores menos verdaderos y más exaltados.

Poco rato después de quedar solo Flint, una llamada del teléfono le obligó a abandonar el trabajo y preguntar:

—¿Qué hay?

—Soy Arnold.

—¿Tiene usted ya las fotografías que necesitamos,—preguntó Flint.

—No, señor. Hay en la puerta un sujeto que no deja entrar a nadie más.

—Pues es preciso que recoja usted las fotografías de ese suicida—le ordenó Flint.

—Ya he procurado hacerlo, pero hay otros dos reporters que ofrecen a la madre dinero.

—Ese no es motivo para que usted no las tenga! De los otros ya me encargaré yo de quitárselos de en medio! Le advierto que espero las fotografías para la edición de esta tarde!

—Está bien—replicó Arnold.

Volvió el muchacho otra vez hacia la casa de la madre del suicida y por fin consiguió entrar, en el momento en que dos compañeros suyos ofrecían dinero por las fotografías que tanto interesaban a Flint.

Segundos después llamaron al teléfono y el hermano pequeño del suicida llamó a uno de los reporters, diciéndole:

—Lo llaman a usted al teléfono.

Corrió éste al aparato y oyó que le decían:

—Es usted Sherman?

—El mismo. ¿Qué pasa?

—Vaya usted a la Quinta Avenida, hay un incendio importante.

Comprendió el reporter que aquella noticia sería sensacional y abandonó el empeño que tenía en apoderarse de las fotografías y salió de la casa, para dirigirse al lugar donde le habían dicho que se había declarado el incendio.

Poco después se repitió el mismo caso con el otro competidor de Arnold, y éste, dueño ya de la situación, pudo maniobrar a sus anchas y apoderarse de las fotografías que necesitaba el director de "El Boletín".

Inmediatamente de recibirlas, Flint dio orden de que se grabasen y se sintió satisfecho por la noticia que aparecería aquella misma tarde en su diario.

Entre tanto, en el despacho del dueño del

diario, éste recibe la dirección del maestro Mac Coskley, en cuya escuela estudió las primeras letras el dueño del diario.

En el semblante del anciano maestro se advertía claramente que un hondo pesar turbaba en aquellos instantes su tranquilidad, y Franklin, el propietario de "El Boletín", lo hizo sentar junto a él, preguntándole cariñosamente:

—¿En qué puedo servirle?

—Ya sabes que nunca te he molestado, hijo mío — empezó diciéndole el maestro — pero en esta ocasión necesito que me hagas un favor muy grande.

—Ya sabe, querido maestro — volvió a decirle Franklin — que dispone de mí para todo lo que necesite.

—Se trata de mi hermano — exclamó, al fin, el maestro —. Ni los ejemplos de la familia, ni mis consejos han servido para apartarlo del mal camino que llevaba, hasta que finalmente ha sido detenido.

—¿Y ha confesado que era hermano de usted? — preguntó alarmado el director.

—En su maldad — siguió diciendo el maestro — no ha llegado a olvidarnos. El ha mantenido el secreto, pero este secreto será prontamente divulgado.

—¿No le comprendo? — respondió Franklin.

—Sencillamente — volvió a decirle el anciano —. Un reporter de tu diario ha logrado no sé de que forma, averiguar toda la verdad, y sé que se va a publicar en tu periódico. Vengo a pedirte que impidas la publicación de esa información.

—Tranquílcese — le dijo, sonriendo cariñosamente, Franklin —. Ahora mismo iremos a ver al jefe de redacción y anularemos esa información.

Se trasladó con el maestro al despacho de Flint y se lo presentó, diciéndole:

Le presentó al señor Mac Coskley. Fue mi antiguo maestro y le profeso un cariño de hijo. Venimos para pedirle un favor.

—¿Usted dirá — preguntó Flint, dirigiéndose al propietario del periódico.

—Se trata de suprimir la información del criminal detenido esta mañana.

—¿Y por qué ese interés en no dar una información, que será acogida con curiosidad por el público?

—Porque ese individuo es precisamente el hermano de mi maestro.

—Y si se divulga eso — siguió diciéndole el señor Mac Coskley — me quitarán la escuela y perderé el pan de mis hijos.

—Lo siento mucho, señor — le respondió Flint — pero esta información es interesante y saldrá en la edición de hoy.

—Tenga en cuenta—suplicó el maestro—que yo he sido un hombre honrado toda mi vida, y que eso hará caer sobre mi nombre la deshonra.

—Sigo lamentándolo, pero le he dicho mi última palabra—insistió Flint.

La tenacidad del director acabó con la paciencia de Franklin, que le dijo:

—No comprendo ese empeño suyo en publicar una noticia que tanto puede perjudicar a este hombre. Suprímala y en paz.

Flint recogió las galeradas que tenía sobre la mesa y entregándolas al propietario le dijo:

—Está bien—. Aquí tiene las galeradas. Suprimalas... Pero tenga en cuenta que si me voy, la información irá conmigo a otro diario.

La actitud de Flint puso en una diatriba a Franklin. Por un lado la amistad de su amigo y por otro el temor de perder a Flint. Además, si la información salía en otro diario, el daño sería el mismo y no habría conseguido otra cosa que privar a "El Boletín" de los servicios de un jefe de redacción, gracias al cual se había cuadruplicado la tirada en pocos meses.

Y Franklin, cuya ética de editor - propietario no perdía de vista el Debe y el Ha-



—Esta información saldrá en la edición de hoy.

ber de los libros, acabó por capitular, y le dijo al maestro:

—Ya ha visto usted que no he podido hacer nada. Si la noticia no aparece en "El Boletín", aparecerá en otro periódico, y el daño será igual.

—Pero, señor — insistió suplicando el maestro—. Yo le suplico que sea más condescendiente.

—Es imposible—volvió a decirle Flint—. Un verdadero periodista debe someterse a

los contratiempos de todas las informaciones. Si una de éstas se refiriera a mí mismo, tenga la seguridad de que la publicaría de igual modo.

Franklin, que en varias ocasiones había tenido motivo para juzgar de la entereza de su jefe de redacción, comprendió que era inútil seguir insistiendo y se llevó al maestro nuevamente a su despacho, mientras que Flint daba la orden de que empezasen a tirar la edición.

Cuando ya se había acabado la tarea del día, su secretario le dijo:

—Piensa usted ir esta noche a ver el match de boxeo?

—No—respondió Flint—. Mi esposa quiere ir a la ópera, y ya sabe que nunca la contrario.

—Acuérdese que hoy boxea ese italiano de tanto nombre.

No importa. Claro que más me distraería en el match, que en la ópera, pero justo es que lleve a mi esposa para que ella se distraiga... Apenas si sale de casa.

Tomó el teléfono y se puso en comunicación con su domicilio, diciéndole a su mujer:

—¿Recuerdas que esta noche tenemos que ir a la ópera?

—Sí—le respondió ésta—. ¿Pienzas tardar mucho?



—Si me voy le información irá contigo.

—Dentro de media hora estaré contigo—le respondió Flint, a al vez que le enviaba un beso por teléfono.

—Ya sé ya cuales son tus medias horas—protestó cariñosamente la mujer—. Estoy segura de que perderamos el primer acto.

—Pues ya verás como hoy te engañas—terminó diciéndole Flint.

Dejó el aparato, recogió algunos papeles que había sobre la mesa y salió del despacho para dirigirse a su casa. Antes de llegar

a la puerta recogió un periódico ya impreso y listo para salir, y saludando a unos y a otros, fué directamente hacia la calle.

Antes de llegar a ella se encontró con la madre del suicida, cuyas fotografías habían sido recogidas por Arnoid. Venía acompañada de un detective, y al verlo exclamó:

—No es usted el director del periódico "El Boletín".

—Yo soy — respondió Flint—. ¿Que desea?

—Vengo a que me entregue usted las fotografías de mi hijo, que un redactor del periódico me ha quitado.

—Esa acción está castigada por la ley y tendré que detenerlo — exclamó el detective.

—Les advierto — les contestó Flint— que yo no sabía nada de eso. Pero espérense un momento y me enteraré.

Entró otra vez al periódico, bajó al taller de fotograbados y dijo al encargado:

—¿Están ya listas las fotografías de ese suicida?

—Sí, señor — respondió aquél—. Aquí las tiene usted.

—¿Han sacado copias de los originales, por si hacen falta repetirlos?

—Todo está ya listo — terminó diciéndole el encargado del taller.

Salió nuevamente Flint y le entregó a la

mujer las fotografías, al mismo tiempo que le decía:

—Lleve usted razón. Las fotografías estaban aquí. Tómelas usted y así no tiene nada que reclamar.

Y tranquilo ya de haber cumplido con la misión de aquel suceso, se encaminó hacia su casa, pensando que su esposa lo estaría esperando intranquila por su tardanza.

PIDA

el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos

EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales • LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Envíame números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remítanme cinco céntimos
para el certificado. Precoque gratis

La infidelidad de Edith

Como hemos dicho ya, Edith era una mujer extraordinariamente hermosa, y que además convencida de ello, gustaba hacerla sobresaltar, olvidando muchas veces el que era una mujer casada.

En su casamiento con Flint no había intervenido para nada el amor. Sintió en principio curiosidad por conocer al director del periódico, cuyo nombre había adquirido en poco tiempo tanta popularidad, y esta curiosidad femenina fué lo que hizo que en una fiesta fuese presentado a él. La belleza de Edith pronto hizo mella en Flint, quien desde el primer momento quedó preso en la red de los encantos de aquella mujer.

Dejándose llevar por aquel interés, Edith consintió en ser su esposa y, durante los primeros meses de matrimonio, los dos esposos vivieron en continua luna de miel.

Pasaron estos primeros días y al entrar el amor en un período de mayor quietud, Edith sintió la nostalgia de la libertad perdida. Poco a poco fué sintiéndose alejada



-¿Pensas tardar mucho?

de su marido, advirtió en él signos de carácter vulgar, completamente diferente a los sentimientos de su alma, intensamente romántica, y desde entonces sintió el deseo de saborear las dulzuras de un amor verdadero.

Era visita de los esposos Flint, Noel Adams, director de uno de los más importantes bancos de la ciudad. Hombre de mundo, poseía además una refinada elegancia, que desde el primer momento llamaron

la atención de Edith, lo mismo que a él atraía la belleza de ella. Mas el afecto de amistad impidió a Noel al hacer ninguna alusión al sentimiento que ella había sabido despertar en su corazón.

Una tarde Noel fué en busca de su amigo y se encontró sola a Edith, que le dijo:

—Mi marido ha salido. Si es algo interesante lo que le ha traído, puede decírmelo a mí.

—Se trataba de un asunto que debía tratarlo solamente con Flint—respondió Noel.

—¿Tan poca confianza le merezco yo?—le preguntó ella insinuante—. ¿Cree que sería usted más amigo mío de lo que demuestra?

Noel, al tener junto a él el rostro de aquella mujer, no supo contenerse, la estrechó en sus brazos, sin que ella opusiese la menor resistencia y la besó apasionadamente.

Ella respondió al beso y durante unos segundos sus bocas permanecieron unidas, confundiendo sus alientos, hasta que finalmente le preguntó ella con refinada coquetería:

—¿Era esto lo que tenía usted que hablar con mi marido, o se trataba de algo más interesante?

—Para mí, Edith—respondió Noel— no hay nada tan interesante como usted. Com-



—¿Han sacado copias de los originales?

prendi desde el primer día que la conocí, que usted era la mujer única para hacer mi felicidad.

Ella felinamente, se había sentado sobre sus rodillas y rodeaba el cuello de Noel con su brazo, mientras que con la otra mano seguía acariciando el rostro del banquero, que continuó diciéndole:

—Solamente el respeto a la amistad de su marido es lo que me ha detenido hasta ahora.

Edith se le quedó mirando fijamente, y al fin, le dijo sonriendo:

—¿Cree usted que Flint es amigo suyo?

—Creo que sí—respondió él.

Está usted equivocado. Flint no tiene amigos, ni esposa, ni nada. Para él sólo existe el periódico. Por una información le importaría poco perderlo todo. Pero no hablemos de él—siguió diciendo Edith—. Este momento es algo más sublime que todo lo que a Flint pueda referirse. ¿No lo cree así?

—Yo creo todo lo que usted crea, Edith—le dijo apasionadamente el banquero, volviéndola a besar y sintiendo nuevamente la feliz correspondencia de aquel beso.

Los días que siguieron para los dos amantes fueron minutos de felicidad para ellos. Procuraban verse todos los días y las visitas de Noel empezaron a ser más frecuentes, sin que suscitaran en ningún momento la sospecha de Flint, que seguía creyendo en la felicidad de su esposa con la misma ceguera que el primer día de matrimonio.

Sin embargo, en Edith el amor por Noel se había convertido en una pasión tan inmensa, que a veces ya ni se cuidaba de ocultar, dejando en ocasiones traslucir a su esposo la indiferencia que le merecía. Aceptaba sus caricias con un aire tal de resigna-

ción, que un día no pudo menos él de preguntarle:

—¿Que le sucede?

—¡A mí, nada!—exclamó alarmada ella—. ¿Por qué me lo preguntas?

No—volvió decirle él—. Pero advierto en ti una frialdad que no contrasta con el entusiasmo que otras veces me demostrabas.

—No lo creas—replicó ella, queriendo disimular con sus caricias, el verdadero estado de su alma—. Bien sabes que siempre he sido la misma.

—No, Edith—le dijo Flint—. Desde hace algún tiempo tú has cambiado. Me parece como si tu amor no fuera el mismo de siempre.

Edith, con toda la astucia de que era capaz una mujer de su clase, quiso saber hasta donde llegaban las sospechas de su marido, y le preguntó:

—¿Tienes acaso alguna queja de mí? ¿Dudas?

No—respondió él, con su habitual franqueza—. Ya sabes que no soy hombre capaz de ocultar mis verdaderos sentimientos. Si dudara de ti tomaría mis medidas para asegurarme de ello, y si llegase a convencerme, mataría si que pretendiera robarme tu amor.

Estas últimas frases fueron dichas con tanta sinceridad, que Edith sintió que reco-

ría por todo su cuerpo un escalofrío de espanto, al pensar en lo que podría ocurrirle a Noel.

En la primera entrevista que tuvo con éste le comunicó los temores de su esposo, y terminó diciéndole:

—Le temo, Noel. Es un hombre a quien creo capaz de todo.

—Tranquilízate—le respondió el banquero—. Tu esposo no tiene porque dudar de nosotros. Nadie sabe nuestros amores, y hasta ahora hemos procurado fingir admirablemente.

—Sin embargo—siguió diciéndole Edith—temo que el mejor día pueda descubrirnos. Empezar ya a sospechar algo.

—Tú tienes la culpa—le respondió Noel—. Procura disimular mejor.

—No puedo—protestó ella—no puedo resistir sus caricias. Me queman sus besos, y por más que lo pretendo, no consigo disimular la repugnancia que me inspira.

Noel permaneció unos instantes callado, reflexionando sobre lo que acababa de decirle Edith, hasta que ésta le preguntó:

—¿Qué piensas?

—Pienso en todo eso que acabas de decirme—le respondió el banquero—. Es preciso encontrar una solución a todo esto.

—También lo creo yo así—le dijo Edith.

—No veo más que una.

—¿Cuál?—preguntó ella anhelante.

—La de abandonarlo. Pides el divorcio y yo influiré para que te lo concedan.

—¿Y crees tú que Flint se conformará a ello? Estoy segura que no. Antes que perderme, llegaría a hacer cualquier locura.

—Pues entonces no queda más que otras dos.

Ella lo miró interrogante y el banquero siguió diciendo:

—La una es dejar de vernos. Acabar con nuestros amores.

—¡Eso nunca!—protestó ella.

—La otra huir—acabó de decir él.

Edith calló ante esta segunda proposición y Noel insistió en ella diciéndole:

—Dentro de pocos días tendré terminado un asunto urgente, que me retiene aquí. Después podrás disponer de mí y huiremos a otra ciudad, donde nada impida que vivamos la felicidad de nuestra dicha... ¿aceptas?

—Yo haré todo lo que tú me mandes—exclamó finalmente ella, arrojándose a los

brazos de su amante, que al advertir el estremecimiento de Edith, le preguntó:

¿Por qué tiembles? ¿Tienes miedo todavía?

Ella no supo que responder, pero la belleza de su rostro se vió surcada por unas lágrimas que decían con toda elocuencia el íntimo temor que experimentaba en aquellos instantes.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la
novela más gran-
de que se ha edita-
do hasta el día ti-
tulada

Luces de Buenos Aires

por CARLOS GARDES

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707 - Barcelona

Servimos además sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco por correo.

Una noche en la ópera

Momentos antes de que llegara Flint a su casa, había llegado Noel Adams, que preguntó por Edith al criado que había salido a abrirle. Esta tenía orden de su señora de no recibir a nadie, y le respondió:

—La señora ha salido y el señor todavía no ha venido.

—Está bien. Haga el favor de decirles que yo he estado aquí.

—Sera servido, señor—respondió el criado.

Mas al ir a subir Noel a su coche, oyó que lo llamaban y miró hacia las ventanas de las habitaciones de Edith. Esta que lo había visto salir le hacía señas para que subiera, y cuando estuvo junto a ella, le preguntó extrañado el banquero:

—¿Por qué me ha dicho tu criado que no estabas?

—Porque yo le di esa orden, aunque desde luego no rezaba contigo. Nunca has venido a esta hora y no te esperaba.

Y al advertir el gesto de preocupación de él, le preguntó alarmada:

—¿Sucedo algo grave?

—Sí—respondió él—. Pero tranquilízate que no tiene nada que ver con nuestros amores. Son asuntos de negocios y ellos me obligan a salir mañana por la tarde, sin falta.

—¿Y yo?—preguntó ella ansiosamente.

—A eso había venido, a preguntarte si estás decidida a huir. ¿Sigues en la misma idea que el otro día?

Hasta entonces Edith no se había podido dar cuenta de la importancia del acto que se había comprometido a realizar. Lo sospechaba tan lejos, que hasta creía que nunca podría llegar el momento de ponerlo en práctica. Pero ahora, al apremiarle él una contestación definitiva, vaciló unos instantes y Noel le preguntó:

—¿Dudas? ¿Ya no estás tan decidida?

—No es eso—replicó Edith—es que a penas si me das tiempo para pensarlo... Es tan precipitado todo esto...

—El amor no necesita pensar mucho, cuando de estar al lado del ser que ama se trata. Si de verdad me quieres, debes decirme sin pensarlo.

—¿Por qué no esperamos unos días más?—preguntó ella, deseando ganar algún tiempo.

—Es imposible—respondió él.



—Haz lo que tu me mandes.

—Tan urgente es tu marcha?—preguntó Edith.

—Más de lo que tú puedes imaginarte. He de salir mañana sin falta. Hasta las cuatro te esperaré en mi casa. Si no me llamas por teléfono, es señal de que te has arrepentido y marcharé sola.

—Está bien—respondió ella—. ¿Nos veremos esta noche? ¿Irás a la ópera?

—Procuraré estar allí, por si es la última vez que te veo.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Flint, cargado de regalos para su mujer. Al ver a su amigo, corrió hacia él, diciéndole:

—¿Qué tal amigo mío?... ¿Cómo van esas finanzas?

—Admirablemente — respondió el banquero.

—Pues no son esas mis noticias—siguió diciéndole Flint—. Tengo entendido que hay un asunto bastante oscuro.

—Habladas de la gente — contestó el banquero—. Todo marcha en plena normalidad.

—Yo, sin embargo, le he aconsejado a Edith que venda las acciones que tiene. Por qué no me ayuda usted a convencerla?

—Eso mismo le estaba diciendo cuando usted entró—dijo Noel—. Y les dejo a ustedes solos, porque yo también tengo que cenar.

—Quédese con nosotros—le invitó Flint.

—Se lo agradezco—rehusó Noel, que sentía deseos de verse libre de la presencia de aquel hombre, que le infundía, sin saber por qué, cierto temor—. Tengo un compromiso y no puedo dejarlo.

—Lo comprendo—le dijo, riendo, Flint—. Usted es soltero y los solteros siempre suelen tener compromisos. Pero no le envidio



Entró cargado de regalos...

la suerte. También yo estoy comprometido, aunque para toda la vida, ¿verdad Edith?

Su esposa procuró reír, y Flint acompañó al financiero hasta la puerta.

Una hora después los dos esposos se dirigieron a la ópera, donde ya estaba Noel, según le había prometido a Edith.

En uno de los entreactos, Flint salió al pasillo y se encontró con un amigo quien le dijo:

—¿Se ha enterado ya del asunto Adams?

— Sé algo, pero no todo lo que me interesa saber—respondió el periodista.

— Pues será un asunto escandaloso. Se habla de muchos millones y de la situación de varios infelices que tenían sus ahorros depositados en su banco.

— ¿Y cree usted capaz a Adams de haber hecho eso, semejante cosa?

— Cualquiera se fía de estos banqueros—exclamó su amigo—. Tienen el corazón de metal, y todos sus sentimientos son dorados. Ya vé usted como estará la cosa, que se habla de la huida de Adams.

— Pues él está esta noche aquí.

— Claro, para evitar sospechas, pero mañana, después de la reunión con los accionistas, tal vez tenga que desaparecer.

— ¿Y a qué se debe esa bancarrota?

— Nadie lo sabe, como tampoco se sabe el por qué. Es un asunto que tan reservado se ha llevado, que él es únicamente el que lo sabe.

Flint, cuando volvió al lado de su mujer, vió a ésta que saludaba con la mano al banquero, y le dijo:

— Acabo de enterarme de que Adams está en una situación muy difícil.

— ¿De qué se trata?—preguntó ella, disimulando su interés.

— Es respecto a ciertas operaciones de su

banco. No he podido sacar nada en limpio. Es una verdadera lástima. Sería una información que llamaría la atención.

— ¿Y darías publicidad a un asunto de un amigo tuyo?—preguntó ella.

— ¿Por qué no?—respondió con naturalidad—. Mi obligación es informar al público de todo y no iba a ser Adams una excepción.

— Es incomprensible — exclamó Edith—. ¿No sé qué sacas en publicar todo lo escandaloso que sucede.

— Pues, sencillamente, darle más importancia al diario. Desde que yo he entrado en "El Boleín", gracias a mi dirección, el tiraje se ha aumentado considerablemente... ¿Ya ves si interesa todo eso?

— Pero yo no creo eso que dicen de Adams. ¿Crees que si fuera cierto estaría tan tranquilo esta noche?

— Puede ser que lo haga para evitar sospechas. Pero yo me enteraré mañana detenidamente, y si es cierto te prometo que lo haré cantar de plano.

Desde aquel instante, Edith casi ni atendió a la representación, y cuando llegaron a su casa, Flint lo primero que hizo fué telefonar al periódico, preguntando:

— ¿Cómo ha ido el match?

—El italiano ha vencido rotundamente le contestaron.

Dejó el teléfono, y volviéndose hacia su mujer, que había empezado a desnudarse, le dijo:

—Hoy está de enhorabuena Mussolini. En el boxeo ha triunfado el italiano, y en el teatro también. Dos victorias que puede apuntarse Italia.

Edith se había colocado un elegante peinador de encajes, y Flint, al mirarla tan hermosa, la atrajo hacia él y la sentó sobre sus rodillas. Advirtió cierta nerviosidad en ella y le preguntó:

—¿Que te pasa?

—Tengo un poco de dolor de cabeza —respondió ella—. Además me ha disgustado lo que me has dicho de Adams.

—¿Por qué? ¿Temes por las acciones?

—No, me importa poco en este momento ese puñado de dólares, pero siempre es molesto que a un amigo le suceda algo desagradable.

—El se lo ha buscado—respondió con indiferencia Flint—. Si hubiera tenido más precaución, tal vez no se vería ahora en la situación, que pienso ha de ser difícilísima.

—¿Crees que se habrá arruinado?

—Sospecho que sí. Los informes que me han dado esta noche me hacen conjeturar



—Tengo entendido que hoy un asunto bastante oscuro...

todo eso. Pero olvidemos a Adams y pensemos en nosotros—terminó diciéndole su esposo, a la vez que la besaba apasionadamente.

Pero Edith, por mucha que fuese su serenidad, no podía abstraerse a la idea de que a ruina del banquero llevaba también aparejada la suya. Habíase fiado de él y todos sus ahorros los había empleado en aquellas acciones que, según su marido, ahora no valían nada. El amor y el interés con-

trapesaban en su ánimo, sin que ninguno de los dos tuviera fuerzas suficientes en aquel instante para vencer al enemigo.

Flint, aun cuando fuese ciega la confianza que tenía en su esposa, advirtió la nerviosidad de ésta y, haciéndola sentar junto a él, volvió a decirle:

—¿Qué te ocurre? Tú me ocultas algo y quiero que me lo digas.

Edith temió que su marido pudiera descubrir toda la verdad y, afectando un aire indiferente, repuso:

—Es que pienso en la ruina de Noel. ¡Pobre hombre, estará desesperadísimo!

—Peor es la ruina de los otros a quienes ha engañado. Estoy seguro de que a pesar de nuestra amistad, te aconsejaría a que comprases algunas de esas acciones, ¿verdad?

Edith calló, sin querer confesar que era cierto la suposición de su marido, y éste volvió a decirle:

—¿Ves como para él no ha tenido importancia, el que le aceptemos como un buen amigo? Todo el mundo mira únicamente su interés, y, por lo mismo, yo no puedo hacer otra cosa que publicar, en cuanto tenga todos los datos necesarios, ese "afán" que llamará poderosamente la atención.

Sacó un cigarro, mientras hablaba y se

sentó a fumarlo tranquilamente, mientras que Edith dando señales de un fingido cansancio, deseaba quedar a solas para poder coordinar su pensamiento y resolver de una u otra forma la situación que le había creado la ruina de Noel.

Su marido advirtió este gesto en ella y le preguntó:

—¿Cuánto te ha cogido ese Noel?

—Poca cosa —respondió Edith, queriendo disimular su disgusto.

—Pero, ¿no sabes el total de tus acciones? —insistió él.

—No —contestó Edith—. Le di orden de que me las comprase y hasta ahora no he sentido la curiosidad de contarlas.

—Hazme el favor de ellas —le dijo Flint.

—Ahora no es el momento para hablar de estas cosas —se opuso Edith—. Ya hablaremos de ello mañana.

—Es que yo necesito saberlo, para cuando hable con Noel.

—¿Piensas, acaso, tener una entrevista con él? —preguntó, alarmada, Edith.

—Desde luego. Este asunto es de demasiada importancia para que se lo pueda confiar a ningún repórter. Además, es demasiado astuto para librarse de cualquier interview que pretendieran hacerle, mas, conmigo no le será fácil.

—Sin embargo... yo creo que no debías... —se atrevió a murmurar la esposa.

—Yo, en esta ocasión —exclamó, enérgicamente, él — opino muy diferente—. Un hombre como él, que no ha tenido reparo en sacrificar a varios seres, no merece tampoco la consideración de los demás.

Edith hubiera insistido de buena gana en la defensa de Noel, no por amor hacia él, sino guiada por el egoísmo personal. Tenía miedo de que aquella entrevista se celebrase, por si acaso en el curso de la conversación entre los dos hombres salía a relucir su nombre. No estaba segura si la caballerosidad de Noel llegaría hasta el extremo de mantener en secreto el deshonor del hombre que pretendía deshonrarlo a él públicamente, y, bajo el peso de esta idea, Edith sufría horriblemente, pensando en lo engañada que hasta entonces había vivido.

Flint, ante la pasiva actitud de su esposa, volvió nuevamente a pedirle las acciones, diciéndole:

—Te ruego que cuentes el número de acciones que tienes. El número de ellas podría servirme también, para solicitar una reunión de accionistas.

Edith fué a su habitación y poco después apareció con los títulos pedidos por su esposo. Este los tomó y los contó detenidamente, exclamando al fin:

—Nada, no hay bastante para lo que yo deseaba.

—Ya te dije que tenía pocos —respondió su esposa, buscando la ocasión de insistir para que Flint no fuese a casa del banquero—. No merece la pena de que te indispongas con él.

Eso no importa —exclamó el periodista—. Tan estafador se es robando un dólar como mil. No hay que pensar en lo nuestro, que es relativamente importante, sino en lo de los demás. Pero, en fin, ya hemos hablado bastante de ese hombre. Mañana será otro día y constituirá su caso el tema obligado de todas las conversaciones.

—Entonces, con tu permiso, voy a retirarme —le dijo su esposa—. ¿Quieres algo de mí?

Flint sonrió, con esa franqueza que era su característica y exclamó:

—Bien sabes que sí. ¿Me comprides?

Edith hizo un esfuerzo por sonreír también y, acercándose a él, le ofreció un beso. Pero sus labios, al rozar los del esposo, temblaron y Flint, cogiéndola en sus brazos, le preguntó:

—¿Por qué tiembles? ¿Por qué no me besas como yo?

—Qué tonterías se te ocurren —exclamó

ella tratando reír—. ¿Cómo quieres que te bese?

—Como siempre lo has hecho, como lo hacías cuando éramos prometidos.

—Ya no es lo mismo—le contestó ella—. Ahora hay que ser menos vehementes. Ya somos dos personas serias, sin aquellas locuras de otro tiempo.

Volvió a besarle y salió de la habitación dejando solo a Flint, no muy satisfecho con aquella explicación.

El no podía explicárselo, pero advertía en su mujer algo extraño, algo que no le convenía. Era como si una sombra se interpusiera entre los dos, alejándolos e imprimiendo en ella aquella frialdad tan incomprensible.

En su amor por ella, se atribuyó a él mismo la culpa, pensando que la abandonaba más de lo conveniente. De todo tenía la culpa su afán periodístico, que a veces le impedía atender a Edith con toda la solícitud que ella se merecía.

Y reprochándose esta conducta, para quien como él, tenía una esposa joven y bella, se prometió a sí mismo, empezar desde el día siguiente una nueva conducta, procurando no dejar tan sola a Edith.

Se quitó la americana y, tomando el último número de "El Boletín", leyó el periódico.

dico. Se deluvo, principalmente en la información del suicida y sonrió satisfecho, al pensar que aquella información no aparecía en ningún otro diario más que en el suyo, incluso con las fotografías del protagonista que tanto le había costado encontrar y poseer.

Indudablemente, pensó, con esa íntima inmodestia que se siente siempre al estar satisfecho de nuestra propia gestión, su actuación en "El Boletín" había sido definitiva para el periódico, y mucho más lo sería, cuando al día siguiente, obtuviera la información exacta del asunto de Adams y apareciera en la primera página. Aquel sería su éxito definitivo como periodista, la noticia más sensacional de todas cuantas hasta entonces había publicado "El Boletín", algo tan extraordinario que elevaría su nombre ante todos sus colegas y que, al mismo tiempo, obligaría a realizar tiradas extraordinarias.

Acabó de fumar el cigarro, lo arrojó indolentemente sobre el cenicero y, cerrando el periódico, se dispuso a dormir. Por aquel día había terminado su misión y había que reparar las fuerzas para sostener la lucha que le esperaba al día siguiente, lucha más difícil de ganar que ninguna, puesto que había de vérselas con un hombre de una

astucia, tan sólo comparable con su terquedad.

Apagó la luz y, antes de dormirse, como quien lanza un reto a un enemigo, exclamó para sí mismo:

—¡Ya veremos quién vence mañana!

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la novela
más grande que se ha edi-
tado hasta el día, titulada

El Comediante

por ERNESTO VILCHES

96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

— PEDIDOS A —
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Envíame números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remítan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Una reunión importante

A las once de la mañana del día siguiente, en el banco del que era director Noel Adams, se advertía cierta actividad en el salón de sesiones. Poco a poco iban llegando los accionistas, sin que ninguno se pudiera decir el motivo de aquella llamada urgente hecha por Noel. Por fin, entró éste, y al ver que estaban todos reunidos, les dijo:

—Señores, les he llamado con toda urgencia, porque es preciso que tratemos hoy mismo de un asunto importantísimo.

Todos prestaron gran atención a las palabras de Noel, que siguió diciéndoles:

—El banco ha lanzado últimamente unos cuantos centenares de acciones sin autorización legal.

—¿Y por qué se ha hecho eso?—preguntó uno de los accionistas.

—Era preciso para salvar la situación financiera, que estaba bastante comprometida. Gracias a este crédito — continuó diciendo Adams — hemos podido venir trabajando.

pero ha llegado a mis oídos que se sospecha de nosotros.

—¿Y qué puede suceder de todo eso?— preguntó otro de los accionistas.

—Pues, sencillamente, que el público se dé cuenta, que bajen repentinamente dichas acciones y que todo nuestro esfuerzo se vea inutilizado por los manejos de nuestros colegas.

—¿Y qué solución ofrece usted?— preguntó el que primeramente había hablado.

—Sólo hay una — respondió Adams—. Que todos hagamos un sacrificio y que mantengamos el valor de esas acciones, hasta que el banco las pueda retirar de circulación. De otra forma la quiebra es inminente, y nadie es capaz de detenerla.

—No obstante—objetó otro accionista— nosotros no podemos salir fiadores de todo el importe de esas acciones. Iriamos a la ruina.

—También lo iríamos si no salimos — le dijo Adams—. Además hay que tener presente que en nuestra caída arrastramos a un puñado de infelices que han fiado en nosotros. Con la fórmula que les propongo, mantenimiento el valor de las acciones durante unos días, todos nos habremos salvado.

—¿Y no sabe nada nadie de esto?— preguntó un accionista.



—Me ocultas algo

—Hasta ahora yo era el único que lo sabía. Había rumores, pero que no han podido confirmarse.

—Esta bien — dijo otro accionista—. Yo creo que Adams lleva razón. Propongo que nos hagamos solidarios de ese empréstito y que procuremos con toda energía el mantenimiento del tipo de las acciones.

Puesto a votación el asunto, quedó aprobado, y Adams, cuando terminó la sesión se vió libre de un peso que durante varios días

venía atormentándolo. Sin embargo, comprendió que le era necesario ausentarse de la ciudad durante varios días, hasta que el asunto estuviese completamente resuelto.

Fija en él esta idea, se trasladó a su casa y dió orden a su criado de que le preparase sus baúles y maletas para salir inmediatamente. Preguntó si alguien había telefoneado y al contestarle negativamente, exclamó:

— Si llaman por teléfono, avísenme inmediatamente.

Esperaba la llamada de Edith, seguro de que ella no le abandonaría, pero sin que pudiera sospechar hasta que punto llegaba el egoísmo de aquella mujer.

Edith al saber por su esposo la situación en que se encontraba Noel, dejó de pensar con el corazón para calcular con la cabeza y vió que en aquella huida llevaba todas las probabilidades de perder. ¿Qué podría ofrecerle Noel arruinado? Por mucho que salvase de la bancarrota nunca podría mantenerla en el lujo que la había acostumbrado su marido, y este ambiente de frivolidad constituía ya para ella tanto como su propia vida.

Por otro lado, el temor a la venganza de su esposo la impulsaba a rechazar la propuesta de Adams, del que ahora no se sentía verdaderamente enamorada.

No quiso confiar al teléfono esta confesión suya y decidió ir aquella misma tarde a casa de Noel para darle cuenta de su decisión, que era la de no huir con él.

Mientras que Adams esperaba la llamada telefónica de Edith, se presentó en su casa el esposo de ésta, quien sin saludar al banquero, le dijo inmediatamente:

— ¿Sabe usted a que se debe mi visita, Adams?

— Si usted no me lo dice, mal puedo saberlo — respondió el banquero, visiblemente molestado por aquella visita.

Pues vengo a que me dé usted una información exacta de lo que ocurre en su banco.

— ¿Está usted loco? — exclamó indignado Noel. — ¿Con qué derecho viene usted a interrogarme?

Con el que me doy yo mismo — respondió tranquilamente Flint —. Ya sabe usted que el periodista tiene la obligación de informar a su público, sea de la forma que sea, y mucho más en este caso, cuando de su conducta depende el bienestar de muchos infelices que le han confiado sus ahorros.

— Esas son suposiciones tuyas — respondió, adquiriendo nuevamente su serenidad.

— Sabe usted disimular bien, Adams — le dijo Flint, no sin dejar de admirar la energía de aquel hombre —. Pero a mí no se me

oculta de que mi visita le es inoportuna. He de advertirle que lo sé todo.

—¿Y qué piensa usted hacer?—le preguntó, temeroso de un escándalo, Noel.

—¡Matarlo! Financieramente ya está usted muerto y con mi información lo acabará de estar para siempre. Dentro de dos horas sabrá todo el mundo el asunto Adams.

Tranquilamente, Noel sacó una botella de licor, de su mesa, y le ofreció una copa a Flint, que la rehusó diciéndole:

—No, gracias. He venido solamente para saber si deseaba hacer alguna declaración.

—Escuche, Flint—le dijo el banquero—. Tenga la seguridad de que nadie perderá un centavo, pero si usted publica esa noticia ocasionará la ruina de miles de personas.

—¿De quénes?—preguntó Flint.

—De todos los que compraron acciones.

—¿Y que piensa usted hacer, para impedirlo?—interrogó Flint.

—Recoger todas las acciones vendidas. El banco asume la responsabilidad de esa operación... Lo hará tan pronto como sus accionistas unan el dinero necesario... Pero si usted publica esa noticia, no les será posible recoger ni un solo centavo.

—¿Cuánto tiempo necesitarán para reunir ese dinero?

—Unos dos días—exclamó Noel.



—No hay bastantes acciones.

—Dos días, ¿eh?... Bueno, esperaré—respondió finalmente el periodista.

Ya iba a marcharse, cuando de pronto un pensamiento asaltó su mente. Vió que el banquero le estaba engañando, y este pensamiento quedó confirmado al ver sobre la mesa dos pasajes para Europa. Por si esto era para poco para suscitar sus sospechas, en la habitación de al lado vió los baúles hechos para salir de viaje, y no pudo menos que exclamar:

—¿Con qué, dos días, eh? Esos serán los que usted necesita para ausentarse, ¿verdad?

—¿Que quiere usted decir?—preguntó extrañado el banquero.

—Nada absolutamente. Ya sé todo lo que me interesaba. La información saldrá dentro de dos horas.

Y sin dar tiempo a que Noel hiciese la menor protesta, salió de allí, para dirigirse al periódico y dar principio a la información que había de ser publicada en la edición de aquel mismo día.

.....

RECUERDE ESTE TÍTULO

EL TENIENTE SEDUCTOR

POR EL INCOMPARABLE
CHEVALIER

La revelación

Mientras que Flint se dirigía hacia el periódico, Edith acudía a casa de Adams, a quien al verla corrió hacia ella, diciéndole:

—Estaba impaciente, esperando tu llamada.

—He creído mejor venir a verte, para hablar contigo—respondió ella.

—¿Acaso no estás decidida a venirte?—preguntó el banquero, sin soltarla de sus brazos.

—He pensado bien este paso, Noel, y no estoy decidida a darlo. Sé que no debía portarme así, pero tengo miedo de él.

—¿Estando lejos de aquí, qué puedes temer?

—Todo — exclamó ella —. Es un hombre que no me perdonaría nunca. Me buscaría donde estuviese.

—¿Acaso crees que no sabría yo defenderte?—protestó ofendido el banquero.

—Pero es mejor evitar esa ocasión—respondió ella—. Vete tú solo. Tal vez así podremos rehacer nuestras vidas. Nuestro amor ha sido un sueño irrealizable, y como tal lo debemos aceptar.

—Dí mejor que no me amas—exclamó él, apartándola de su lado.

—Bien sabes que siempre te lo he demostrado—respondió ella—. Pero me pides algo superior a mi voluntad. Además, yo sé que para él soy todo en su vida, y si me perdiera se moriría de dolor.

—¿Y qué nos importa a nosotros él?—preguntó brutalmente el banquero.

—No puedo pensar como tú. Flint ha sido para mí muy bueno. Me ha colmado de todo lo que una mujer pudiera desear. Mis menores caprichos los ha sabido satisfacer con prodiga esplendidez y todavía no soy tan mala para olvidar todo esto.

Se dejó caer sobre un sillón y permaneció con la cabeza entre las manos, hasta que Noel se acercó a ella y le dijo, pretendiendo convencerla:

—Lo que piensas hacer es una locura. Tú no debes sacrificarte por un hombre que no ha sabido comprenderte. ¿Qué vida te espera a su lado? Piénsalo bien, Edith, y decídetelo. Es la felicidad la que nos aguarda... ¿Renunciarás a ella para siempre?

—No tengo otro remedio—suspiró tristemente Edith.

Noel bebió una copa del licor que había sacado poco antes y se fué hacia la ventana, abstraído por los mil pensamientos que en aquel instante poblaban su mente.

Ella acudió cariñosa allí, y abrazándose a él, le dijo:

—¿Me perdonas, Noel? Comprende que no puedo hacer otra cosa. He venido por esto, precisamente, para que no te vayas llevándote de mí un mal recuerdo, para que nuestra despedida sea cordial...

Le miraba afanosamente y él, sin poder contener la fascinación de aquella mirada, la estrechó entre sus brazos, y así permanecieron unidos largo tiempo, sin darse cuenta de nada de lo que ocurría en la calle.

En la redacción de "El Boletín", entre tan-

lo, Flint llamaba a los reporters gráficos y les decía:

—Es preciso que vayan ustedes a casa de Adams y me traigan una fotografía de él.

—¿Y si nos prohíben la entrada?—preguntó uno de ellos.

—Eso a mí no me importa—respondió secamente Adams—. Lo único que les digo es que dentro de una hora quiero aquí esas fotografías.

—Está bien—exclamaron los fotógrafos, sin atreverse a replicar ante aquella orden.

Salieron hacia la casa del banquero, mientras que Flint se dedicaba a escribir la información sobre el asunto Adams.

Cuando los reporters llegaron a casa de Adams, el criado que salió a recibirles, les impidió terminantemente la entrada.

—Tendremos que esperar que este hombre le dé la idea de salir—le dijo uno a su compañero.

—Sea como sea—respondió el otro—ya sabes que no podemos volver al periódico sin la fotografía. Eso significaría nuestro despido. Hay que ingenjarse para obtenerla.

—Ya está!—exclamó alegremente un

—Cómo?—preguntó su compañero.

—Mira hacia allá arriba y dime a quién ves.

—A Adams con una mujer—respondió.

—Pues la fotografía podemos tomarla de aquí y, ¡figurate si será interesante! ¡Nada menos que con su amante!

—Pues, manos a la obra. No perdamos el tiempo.

Enfocaron sus máquinas y minutos después corrían hacia el periódico llevando las placas obtenidas.

—¿Traen esas fotografías?—les preguntó Flint, al verlos entrar.

—Más interesantes de lo que hubiéramos podido desear—respondió uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque hemos sorprendido a Noel con su amante. La fotografía representa al grupo que formaban los dos en la ventana.

—¡Admirable!—exclamó Flint, frotándose las manos de contento—. Bajen al taller y que saquen inmediatamente las pruebas, para que puedan entrar en máquina en seguida.

Corrieron los muchachos a complimentar la orden, y media hora después, las fotografías estaban ya dispuestas para obtener de ellas los clichés necesarios. Antes de esto las subieron a la redacción y se las entregaron a Flint, diciéndole:

—Aquí tiene usted las fotografías de los dos pájaros.

Al posar la mirada sobre ellas y ver que la mujer que estaba abrazada a Adams era su propia esposa, Flint sintió como si golpeasen fuertemente su corazón. Comprendía ahora el desamor de su mujer, ahora es cuando estaba convencido de que sus presentimientos no le habían engañando, y sintió un odio terrible hacia aquel hombre que le robaba lo que más quería en el mundo. Una nube ofuscó por un instante su mente, hasta que por fin, adoptando un aire indiferente, ordenó:

—Que no tiren ninguna plana hasta que yo vuelva.

Y sin que nadie pudiera explicarse el motivo de aquella retención, salió del periódico, fija en su cerebro una idea, que estaba dispuesto a realizar.

Un reportaje sensacional

En aquellos momentos Flint había olvidado su condición de periodista, ahora no era más que el hombre enamorado, a quien un malvado pretendía robarle su amor.

Directamente se dirigió a casa del banquero, mientras que su diestra acariciaba amorosamente la pistola.

Al entrar, el criado quiso impedirlo, pero él de un empujón lo apartó bruscamente y se precipitó al interior de la casa. Allí estaban los dos. Ella seguía abrazada a él y al ver a su esposo dió un grito de espanto y fué a refugiarse en la habitación próxima. Flint sacó la pistola y encarándose a Noel, le dijo:

—A los ladrones de fortunas y de honras no los trato yo más que de esta forma.

Disparó y el banquero cayó mortalmente herido al suelo.

Volvió a guardarse la pistola, y sin pre-

ocuparse de Edith, salió del departamento con desconcertante indiferencia, y subió nuevamente a su coche.

—¿A dónde vamos?—preguntó el chófer.

Al periódico respondió secamente Flint.

Poco después entró en la redacción de "El Boletín". Su aspecto no era el mismo de siempre. Con la cabeza baja, el entrecejo fruncido y la intensa palidez de su rostro, daba la sensación de un hombre diferente.

Los empleados y reporters lo siguieron con la vista, sin que nadie se atreviese a decirle nada, hasta que él mismo, una vez sentado ante su mesa, dió la orden de que todo el mundo siguiera trabajando.

—¿Qué le pasará al jefe?—preguntaban unos a los otros.

—Tal vez se le habrá agudado un reportaje sensacional—respondían otros.

Será algo sobre el asunto Adams—murmuraban algunos.

Pero ninguno de ellos podía adivinar el dolor que en aquellos momentos experimentaba Flint. Su vida de hombre honrado y trabajador, quedaba rota desde aquel instante

por la maldad de una mujer y por la falsedad de un amigo.

El periódico seguía su marcha y las máquinas pedían originales para llenar las planas de "El Boletín".

Un empleado subió al despacho y le dijo:

—¿Se puede comenzar ya a tirar, jefe?

—Todavía, no—respondió éste—. Queda lo más interesante. Esperen a que yo dé la orden.

Está bien—contestó el empleado, saliendo del despacho.

Nuevamente solo, Flint empezó a pensar en su gran desgracia, en aquella mujer a quien tanto había amado y que de una forma tan cruel pagaba su amor. El marido burlado se había ya vengado, ya había castigado al seductor, pero ahora, sentado allí, ante aquella mesa, donde tantas veces se negó a suministrar una información, estaba el periodista, el que tenía la obligación de informar al público de todo. Como periodista comprendió que tenía la obligación de publicar su deshonra. No podía limitarse a publicar el asunto Adams, manteniendo en secreto su nombre y el de su mujer. Era necesario que en

la información apareciesen todos los detalles del hecho, sin tener en cuenta quienes eran los protagonistas, y bajo el influjo de esta idea, llamó a su secretario, diciéndole:

—¿Tiene usted algo urgente que hacer ahora?

—Esperaba sus órdenes—respondió el secretario.

—Pues entonces, siéntese a la máquina y vaya escribiendo lo que yo le dicte.

Hizo el secretario lo que le mandaba, y Flint comenzó a dictarle:

.....

PRONTO...

NAUFRAGOS DEL AMOR

ÚLTIMA CRACIÓN DE LA GENIAL
JENNETTE MAC DONALD

UN REPORTAJE SENSACIONAL

Como ya había anticipado en nuestra edición de ayer, el banco dirigido por Noel Adams, atraviesa actualmente una grave situación. Las acciones emitidas por este banco, son ilegales y sus dirigentes procuran ponerse a salvo para evitar las responsabilidades que pudieran originarse de su operación.

Hoy ha visitado nuestro jefe de redacción al señor Adams y le ha sorprendido en el preciso instante que preparaba sus baúles para ausentarse de la ciudad. Sobre la mesa de escritorio había dos pasajes para embarcar a Europa, sin duda con el fin de poner por medio la mayor distancia. Son muchas las familias que habían confiado a dicho banco el fruto de sus ahorros y las que, con

la quiebra inminente de este establecimiento, quedarán en la ruina.

Para que nuestro reportaje tuviese todo el interés que merece y para que el público estuviese mejor informado, varios compañeros nuestros han logrado obtener las fotografías que ilustran este reportaje.

En ellas se ve a Noel Adams con su amante, tal vez para la que él había sacado ya de antemano el pasaje. La mujer es una elegante dama de nuestra ciudad, cuyo marido ocupa el cargo importante de director de redacción en nuestro periódico "El Boletín".

El secretario al llegar aquí, paró de escribir, sorprendido, y Flint le dijo:

—¿Qué le sucede a usted?

—Es que, me parece... que oído mal.

—Léame la última línea para seguir dictándole—le dijo Flint.

Volvió a leer lo que había escrito y Flint, dando nuevamente su nombre, le dijo:

—Ha oído usted perfectamente. Sigamos nuestro trabajo.

Admirado de la serenidad de aquel hombre el secretario volvió nuevamente a escribir lo que Flint le dictaba y que decía:

"Enterado el señor Flint de la conducta de su esposa, marchó inmediatamente al despacho de Adams y disparó sobre él un tiro de revólver, produciéndole la muerte".

—Déme que lo firme—exclamó al terminar Flint.

Y con mano segura, sin que se notara en él la menor vacilación, firmó el reportaje y se lo entregó a su secretario, diciéndole:

—Llévelo a las máquinas y diga que ya pueden tirar. No falta nada.

Se levantó de su asiento, se puso el sombrero y nuevamente, ante las miradas de todos cruzó lentamente los departamentos de los reporters, hasta encontrarse en la calle.

En la puerta del periódico estaba su coche, subió a él, y el chófer le preguntó:

—¿A casa?

Flint dudó un instant, fué solamente un segundo, lo que necesitó para respirar, y al fin ordenó:

—¡A la Comisaría de Policía!

FIN

UN ACIERTO EDITORIAL....

lo ha constituido la nueva publicación

CANCIONERO POPULAR

VEINTE canciones de éxito en cada cuaderno

32 páginas de texto 30 céntimos

Núm. 1 CARLOS GARDEL

en sus creaciones. **LUSES DE BUENOS AIRES**
y los tangos

Negra consentida. - ¿Donde estás
corazón? - Yira... Yira... - Danza ma-
ligna. - Se va la vida. - La Paloma.
La reina del tango. - Bajo los techos
de París. etc., etc.

Núm. 2 IMPERIO ARGENTINA

en sus canciones populares

LO MEJOR ES REIR
SU NOCHE DE BODAS
CINÓPOLIS

¡Ay chatal-Tomás, quiero ser mamá.
Un tango fué. ¡Ay, Tomás! Canta...
Canta... - Las taquí-mecas - etc., etc.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remite números sueltos y colecciones completas, por
medio del importe en sellos de correo. Remitea cinco
sellos para el certificado. Framosen gratis.

El acontecimiento cine-
matográfico de la próxi-
ma temporada, será :-:-:

Náufragos del Amor

creación de la espiritual
y gentil estrella del arte,

Jeannette Mac - Donald

acertada producción de
la invicta marca

PARAMOUNT

cuya narración la hará
Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

Precio: UNA peseta



Historia de la República Española

Título del primer tomo:

**1921 - De la Dictadura a
la Revolución - 1931**

Título del segundo tomo:

**Proclamación y Problemas
de la República**

Título del tercer tomo:

Afianzamiento de la República

Es autor de este alarde
editorial el culto literato

E. MOLDES

Precio popular: 1'25 ptas.

PEDIDOS A:

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Se envían números sueltos y colecciones completas, previa
cubierta del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
por tomo para el certificado. Franquear gratis.

Historia de la República Española

Título del primer tomo:

**1921 - De la Dictadura a
la Revolución - 1931**

Título del segundo tomo

**Proclamación y Problemas
de la República** =====

Título del tercer tomo

Afianzamiento de la República

Es autor de este alarde
editorial el culto literato

E. MOLDES

Precio popular: 1'25 ptas.

ORDENES A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Recibimos números sueltos y colecciones completas, previo
pago del importe en sellos de correo. Remítanlos cinco céntimos
más para el certificado. Gracias.